

considera á los Gatoski inferiores á los Plavicki. Lo que puedo asegurar es que el hombre que adquiriera á Marina, adquirirá una joya.

En aquel momento, Polaniecki era de esta misma opinión. Ahora le parecía que no podía vivir sin Marina pero luego recordó que en otras circunstancias parecidas había experimentado idéntica impresión y que al fin el tiempo lo había desvanecido todo. Apesar de esto, siguió pensando en ella; en ella pensaba todavía cuando llegó á la ciudad, y al bajar del tren en Varsovia, murmuraba entre sí:

—¡Qué locura, qué locura!... ¡es una lástima!

#### IV

En la misma noche de su regreso á Varsovia, Polaniecki fué á casa de su consocio Bigiel, con quien, por ser antiguo condiscípulo suyo, le unían los lazos de una cordial amistad.

Bigiel, bohemio de origen, pero descendiente de una familia que desde muchas generaciones se había establecido en Varsovia, antes de asociarse con Polaniecki, tenía establecida una casa de banca. No hacía entonces grandes operaciones, ni eran extensas sus relaciones, más en cambio se había conquistado fama de comerciante sólido y probo. Cuando Polaniecki hubo entrado como socio, la casa ensanchó notablemente el círculo de sus operaciones mercantiles y su crédito creció de una manera extraordinaria. Los dos socios se convenían uno á otro. Polaniecki, capaz y emprendedor, concebía siempre nuevas ideas, viendo el alcance y los resultados de las operaciones, mientras Bigiel cuida-

ba de su ejecución. Sus caracteres eran completamente opuestos, y tal vez de esto provenía su íntima amistad. ¿Había precisión de energía y viveza de imaginación para lograr un objeto, para conseguir un intento? Este era el fuerte de Polaniecki. ¿Necesitábanse, por el contrario, cálculos, prudencia ó paciencia? Entonces le tocaba á Bigiel.

Merced á esta diferencia, la parte más importante de los negocios estaba, naturalmente, reservada á Polaniecki. Bigiel tenía una confianza inquebrantable en su amigo, y cuando este entró en la nueva sociedad, aportando á ella ideas nuevas, ni siquiera trató de discutir las. Los felices resultados que estas dieron, no hicieron más que afirmar esta confianza. Su sueño favorito era acumular un capital importante y fundar un gran establecimiento de tejidos, del cual Polaniecki habría sido director y Bigiel administrador. Pero estaban muy lejos aún de su ambicionada meta, por más que casi podían tenerse por ricos.

Polaniecki que, apesar de la vivacidad de su temperamento había adquirido un claro sentimiento de observación, hizo un singular descubrimiento en aquella sociedad, á la cual por sus relaciones y por su nombre, tenía fácil acceso. Su habilidad en los negocios le valían elogios y felicitaciones en todas partes, pero se le tributaban al mismo tiempo con cierto aire de indulgencia y de protección.

—Se dan aire de protectores míos,—decía Polaniecki.

Y realmente era así.

Estaba además convencido de que, si hubiese pedido la mano de alguna de las señoritas pertene-



cientes á tal sociedad, su calificativo de *mercader* habría sido para él, apesar de todos los elogios y de todas las felicitaciones un obstáculo, y que más bien habría sido preferido un propietario de fincas perfectamente hipotecados ó bien uno que se hubiese dado aires de gran señor comiéndose los intereses de su capital y hasta el mismo capital. Adquirido este convencimiento, Polaniecki empezó á prescindir de esta sociedad, hasta el punto de que todas sus relaciones quedaron reducidas á la señora Emilia Evatovski, á su socio Bigiel y á algunos otros caballeros con quienes había hecho su vida de joven.

Apenas se hubo sentado delante de su socio, desahogó su corazón lleno de los recuerdos que había traído de Kerzemien y de ira contra el tío Plavicki con la esperanza de encontrar en su socio un oyente atento y complaciente; más Bigiel no se dejó conmover poco ni mucho, limitándose á decir tranquilamente:

—Conozco este tipo. Por otra parte, ¿dónde quieres que vaya Plavicki á pescar el dinero, si no lo tiene? Con los créditos hipotecarios hay que tener paciencia. Las fincas rústicas absorben grandes capitales, y sólo muy raras veces los producen.

—Bien se ve,—exclamó Polaniecki desconcertado,—que como tú cada día después de comer echas tu sueñecito para reforzar los nervios, no es posible discutir contigo, á no ser que se posea la paciencia de Job.

—¿Tienes, acaso, necesidad de este dinero?—repuso Bigiel, sin hacer caso de los sarcasmos de su amigo.—Tú tienes á tu disposición la suma que

cada uno de nosotros tiene el derecho de retirar del capital social.

—Esto nada tiene que ver con Plavicki. Yo quiero cobrar todo lo que me debe, y para lograrlo me valdré de todos los medios posibles.

En aquel instante entró la señora Bigiel con su larga fila de chiquillos, quedando interrumpida la discusión. Era una mujer en apariencia joven aún, con negro cabello que orlaba su rostro, en el cual se revelaba una gran bondad. Dejábase tiranizar por sus seis vástagos, á quienes amaba con delirio. También Polaniecki se había encariñado con aquellos rapazuelos, lo cual hacía que la señora Bigiel, lo propio que la señora Emilia Evatovski le profesasen una sincera amistad.

Las dos señoras, que conocían y apreciaban á Marina, habían concebido el plan de casarla con él, por esto habían excitado á Polaniecki á que se trasladara personalmente á Kerzemien para reclamar su crédito. Por lo tanto, la señora Bigiel estaba llena de curiosidad por saber si la niña le había gustado, pero la presencia de los chiquillos hacía imposible toda conversación. El más pequeño de éstos, Yas, se encaramó desde luego sobre las rodillas de Polaniecki. Las dos niñas, Evca y Joasia se apoyaron sin miramiento alguno en sus hombros. Edzio y Yozio le nombraron árbitro en una cuestión importantísima: los dos niños habían leído la *Conquista de México* y querían introducir una escena de ella en sus juegos pero había un punto, sobre el cual no estaban de acuerdo. Edzio le refería todo esto con entusiasmo como á su gran amigo.

—Figúrate,—decía hendiendo el aire con la ma-



no,—que ni Evca ni Joasia quieren encargarse del papel de Moctezuma. Yo seré Cortés y Yozio será un caballero; ¡pero sin Moctezuma no podemos jugar! ¿Qué tenemos que hacer? Alguno tiene que hacer de Moctezuma, porque sino ¿quién será el jefe de los americanos?

—¡Caballero! pero, ¿y los americanos donde están?—preguntó Polaniecki.

—¡Oh! esto es muy sencillo,—respondió Yozio;—las sillas serán respectivamente los americanos y los españoles.

—Pues bien, yo seré Moctezuma. Con que adelante, conquistad México.

Comenzó un desorden indescriptible. Polaniecki, que con los niños se volvía niño, opuso tal resistencia á Cortés, que éste al fin se decidió á llamar en su auxilio á la Historia. Moctezuma tenía que ser derrotado, porque realmente lo había sido, más el nuevo Moctezuma replicó que esto á él nada le importaba y siguió batiéndose, con lo cual se prolongó el juego.

La señora Bigiel no podía dominar por más tiempo su curiosidad, y dirigiéndose á su marido, preguntó:

—¡Y bien! ¿cómo ha ido la visita á Kerzemien?

—Ha hecho lo que está haciendo en este momento; ha tirado al aire las sillas y los taburetes y después se ha marchado,—contestó Bigiel con su flemma acostumbrada.

—¿Qué te ha contado?

—De la señorita Marina no hemos hablado aún pero con Plavicki la cosa no ha podido ir peor.

Quiere traspasar la hipoteca y si esto sucede, todo estará perdido.

—Sería una verdadera lástima,—exclamó la señora.

Tomando el té después que los chiquillos hubieron sido llevados á la cama, la señora preguntó á Polaniecki si Marina le había gustado.

—No puedo decírselo á usted,—contestó el joven; no me he fijado en ella, y de consiguiente no puedo decir si es bonita ó fea.

—Esto es falso,—replicó la señora.

—Eso quiere decir que la he mirado, y debo confesar que es bonita, encantadora y todo lo que usted quiera. Es una muchacha que merece que uno se enamore de ella y la haga su mujer pero eso no impide que yo no vuelva á poner los pies en su casa. ¿Acaso se figura usted que no sabía yo por qué las señoras se empeñaban en que fuese á Kerzemien? He conocido lo suficiente al padre, y esto me servirá de aviso. Podría muy bien ser que la hija tuviese el mismo carácter del padre y en tal caso, muchísimas gracias.

—Dispénsame usted, está usted hablando sin reflexionar. Primero me dice usted que es hermosa y que merece que uno se enamore de ella y se case con ella y luego añade que podría tener el carácter de su padre. La premisa no está de acuerdo con la conclusión.

—Podrá ser, más para mí es todo uno. En esas cosas siempre he sido desgraciado: ahora tengo bastante ya.

—Nó, no tiene usted bastante y va usted á ver la razón. En primer lugar, porque Marina ha produci-



do en usted una impresión de que no se puede librar; en segundo lugar, porque esa niña es la más noble y la mejor de las jóvenes y cualquiera podría tenerse por dichoso de poderla conquistar.

—Entonces, ¿por qué no se ha casado?

—Porque es demasiado joven aún; y por otra parte, ¿tan ingenuo es usted que vaya á figurarse que nadie le hace el amor.

—Tanto mejor, así se casará con otro.

Las palabras de Polaniecki, sin embargo, no estaban de acuerdo con sus sentimientos; habría sentido muchísimo que otro hubiese tomado á Marina por mujer. Interiormente, pues, quedó agradecido á la señora Bigiel por los elogios que esta había tributado á Marina.

—Por lo demás á mí me es indiferente,—repuso Polaniecki después de un breve rato de silencio:—de todos modos me he convencido que es usted una sincera amiga suya.

—No lo soy únicamente de Marina, lo soy también de usted, y por lo tanto, le ruego que me dé una respuesta sincera y formal. ¿Le ha impresionado á usted Marina, sí ó nó?

—¿Si me ha impresionado? Naturalmente, me ha impresionado mucho.

—¡Ya ve usted, pues!—gritó con júbilo la señora.

—No veo nada, absolutamente nada. Es verdad que me ha gustado mucho: no puede usted formarse una idea de lo interesante y simpática que es para mí aquella criatura. Pero, ¿de qué sirve eso? Una nueva visita á Kerzemien es imposible ya de todo punto. Partí de allá con tal excitación de án-

mo, les dije tanto al padre como á la hija, cosas tales, que ahora se ha perdido todo.

—¿Tan descortés ha estado usted?

—Más de lo que usted puede imaginarse.

—Con una carta se puede remediar todo.

—¿Cree usted que puedo escribir yo á Plavieki? ¡Por naña del mundo lo haría! Por otra parte, él me ha regalado su maldición.

—¡Qué! ¿le ha maldecido á usted?

—Sí, como patriarca de la familia, en nombre propio y en el de todos sus antepasados ha fulminado el anatema contra mí. Me causa tal horror, que me sería imposible escribirle dos líneas. Es un viejo comediante. Con mucho gusto le pediría perdón á la hija pero, ¿de qué serviría? Esta se pondrá, naturalmente, de parte de su padre; estoy seguro de ello. Aun en la hipótesis más favorable, se limitaría á darme alguna contestación cortés y basta.

—En cuanto Emilia regrese de Reichenhall, ella, con un pretexto cualquiera, hará que Marina venga á Varsovia y luego... luego, el remediar la falta será ya asunto de usted.

—Demasiado tarde, demasiado tarde,—replicó Polaniecki;—he resuelto traspasar mi crédito, y lo traspasaré.

—Tal vez sea lo mejor que puede usted hacer.

—Sería lo peor,—objetó Bigiel;—yo he tratado de disuadirle de semejante despropósito. Pero tengo la confianza de que no encontrará tan fácilmente comprador.

—Litka estará ya casi curada, y por lo tanto



creo que Emilia estará pronto de vuelta,—prosiguió la señora como hablando consigo misma.

Y luego dirigiéndose á Polaniecki, añadió:

—En cuanto á usted, le ruego que se fije en la impresión que le producirán las otras jóvenes comparadas con Marina. Confieso que no es tanta mi intimidad con la señorita Marina como lo es la de Emilia pero, á la primera ocasión que se me presente, voy á escribirla, para pedirla me diga claramente qué opinión tiene formada de usted.

Era hora ya de que Polaniecki se despidiese de sus amigos.

Mientras iba camino de su casa, convencíase cada vez más de que Marina se había hecho dueña de todo su sér pero al mismo tiempo reconocía que sus relaciones con ella habían empezado de una manera tan desgraciada, que obraría muy acertadamente, mientras estaba á tiempo, en alejar por completo de su pensamiento la imagen de aquella niña. Más positivo que soñador y no acostumbrado á dejarse mecer por ilusiones quiméricas, empezó á analizar detenidamente su situación respecto á la señorita Plavicki. Bien era verdad que aquella joven poseía todas las cualidades apetecibles en una buena esposa; pero el padre era insoportable, y tan indigesto, que él solo bastaba para contrabalancear todas las buenas dotes de la hija.

—Yo no podría vivir con ese insulso presuntuoso,—pensaba Polaniecki,—con él es imposible toda relación. O habría que someterse completamente á su voluntad, cosa que no me siento capaz, ó se le tendría que tratar como le traté últimamente en Kerzemien. En el primer caso me convertiría en es-

clavo de aquel viejo egoísta; en el segundo caso le crearía á mi mujer una situación insoportable, y desaparecería nuestra felicidad. Por lo tanto tengo que hacer lo posible para olvidarla: ya vendrá esto con el tiempo.

Puestas en claro las cosas creía que no necesitaba pensar más en ella, pero al propio tiempo sintió que le atormentaba un sordo pesar, por haber dejado escapar la realización de todas sus esperanzas. Había entrevisto por un instante, un porvenir de color de rosa y ahora todo volvía á ponerse tan oscuro como antes. Tenía que reanudar la vida de siempre, aquella vida que desde aquel momento le había parecido insulsa, insubstancial y sin objetivo alguno. El trabajo y las ganancias deben servir únicamente para llegar á un objeto determinado, sin el cual todo es inútil. Tomados ó considerados bajo este aspecto hasta los más desagradables deberes de la vida parecen ligeros y soportables.

Bajo ciertos puntos de vista Polaniecki era hijo de nuestro siglo. Diferenciábase empero de nuestros contemporáneos *decadentes*, es decir no era un escéptico atacado de esa epidemia nerviosa, tan generalizada hoy, y que al fin y al cabo conduce á la desesperación. Crearse una familia y trabajar para ella, era el objetivo que desde largo tiempo se proponía. Llegado á la puerta de su casa, formuló entre sí, con la convicción de un fatalista la siguiente conclusión.

—La señorita Plavicki no es la verdadera mujer predestinada; en caso de que lo sea, no es éste el momento oportuno.

Al día siguiente, se fué á comer al restaurant



donde solía ir, y se encontró allí con Vascovski y Bukacki. Después de él, entró también Masko con su aire arrogante, su cara congestionada, sus largas patillas, el monóculo en el ojo y el chaleco blanco. Después de los saludos de costumbre, todos quisieron enterarse del resultado del viaje, por haberles indicado las señoras el porque había ido personalmente á Kerzemien. Cuando Polaniecki llegó al término de su relato, Buckaki observó con la flemma que le era habitual.

—¿Con qué guerra? Me parece que esta señorita te ataca los nervios. Este sería el momento oportuno para intentar su conquista. Las mujeres aceptan más fácilmente el brazo en un sendero pedregoso, que en un camino real.

—Ofrécele pues tu brazo,—exclamó vivamente Polaniecki.

—Esto no, amigo mío; hay tres cosas que se oponen á ello. Primeramente, porque la señora Emilia es la señora absoluta de mis sentimientos; en segundo lugar, porque cada mañana, cuando me levanto, siento en el cuello, bajo la nuca, un dolor que me dice que me amenaza una enfermedad cerebral, y finalmente, porque soy pobre.

—¿Tú, pobre?

A lo menos en este instante. He comprado cerca de veinte Falckóws, todos con pago adelantado, y de consiguiente durante todo un mes estaré sin un céntimo. Después, si recibo de Italia un cuadro que me ha llamado la atención, estoy arruinado por todo un año.

Vascovski, que por sus facciones y por el color subido de la cara, se parecía á Masko, si bien no

era ni tan viejo ni tan feo, fijó sus azulados ojos en Bukacki y dijo:

—Hé aquí otro enfermo de nuestro siglo, el *coleccionista*.

—¿Qué tenéis de observar contra los coleccionistas?

—Nada,—contestó Vascovski.—En nuestros días esto se considera como una prueba de gran amor al arte; siendo así que se tendría de considerar como un indicio de decadencia. En otros tiempos los hombres se apasionaban por las grandes obras maestras esparcidas por los museos y por los templos: hoy se tiene el fanatismo de las colecciones privadas. Actualmente hasta los chiquillos son apasionados por las colecciones: no digo esto por Bukacki pero hasta los rapazuelos quieren ser originales y ser coleccionadores. Menos mal si se tratase de objetos de algún valor; pero casi siempre se trata de bagatelas inútiles, ¿No es así? Yo encuentro gran diferencia entre el amor y la pasión y sostengo, por ejemplo, que un hombre que es sumamente apasionado por las mujeres, es incapaz de un sentimiento más noble, como lo es precisamente el amor.

—Es muy posible,—apoyó Polaniecki.

Masko, á quien todas esas filosofías aburrían en gran manera sacóse del bolsillo de la levita un cigarro, cortó la punta con los dientes y dijo, volviéndose hacia Polaniecki.

—Oye, Estanislao, ¿piensas formalmente vender tu crédito sobre Kerzemien?

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque pudiera tener la idea de comprarlo.



—¿Tú?

—Sí, ya sabes que hago amenudo estas operaciones. Hoy nada puedo decirte de seguro pero mañana iré á tomar datos al Registro de Hipotecas y así podré darte una respuesta positiva. Mañana, después de comer, ven á tomar café y hablaremos detenidamente.

—Está bien. Me alegraré de poder despachar pronto ese asunto porque ya he advertido á mi socio que mañana parto.

—¿A dónde quieres ir?—le preguntó Bukacki.

—Todavía no lo sé. Aquí en la ciudad hace demasiado calor. De seguro iré á algún sitio donde pueda encontrar agua y sombra.

—Otra preocupación añeja; en la ciudad siempre hay sombra á lo menos por un lado de la calle, mientras en el campo no siempre la hay. Yo ando por la parte de la sombra y me va muy bien. Por eso no me muero en la ciudad ni en lo más recio del estío.

—¿Y usted, maestro, no tiene aún residencia de verano?—preguntó Polaniecki al viejo Vascovski.

—La señora Emilia me ha invitado á Reinchenhall; y probablemente iré allá.

—Entonces iré con usted. A mí lo mismo me dá un sitio que otro. De momento me había tentado Salizburgo pero me gustará volver á ver á la pequeña Litha.

En este momento Bukacki tendió su delicada y diáfana mano, sacó de un vaso un palillo con el cual empezó á limpiarse los dientes, y con su acento sosegado é indiferente dijo:

—Siento que se apoderan de mi cérebro unos fu-

riosos celos, que hasta pueden inducirme á partir con vosotros. Ten cuidado, Polaniecki, porque de un momento á otro puedo hacer explosión como la dinamita.

Era tan cómico el contraste entre lo terrible de sus palabras y el tono apacible con que las pronunciaba, que Polaniecki, no pudo contener la risa y dijo con tono burlón.

—Nunca se me ha ocurrido la idea de poder enamorarme de la señora Emilia: te doy las gracias por el magnífico pensamiento que me has sugerido.

—¡Hay de vosotros dos!—exclamó Bukacki sin dejar de morderse los dientes.

V

Al día siguiente, después de haber comido en casa de Bigiel, Polaniecki fué á reunirse con Masko á la hora convenida.

Indudablemente se le esperaba, porque en la sala donde el criado le introdujo estaban preparados los licores y el servicio de café. No estaba Masko allí, pero le hizo decir que se aguardara un instante, porque estaba ocupado con dos señoras. En efecto oíanse sus voces á través de la puerta que daba acceso á la habitación inmediata.

Para pasar el tiempo, Polaniecki se puso á contemplar los retratos de los ascendientes de Masko, que colgaban de las paredes de la sala. Los amigos del joven abogado no tenían gran fe en su autenticidad; especialmente el de cierto prelado bizco y mirado, era el blanco de los sarcasmos de Bukacki. Pero Masko, indiferente á las pullas seguía firme



en su propósito, decidido á hacer que el mundo aceptase como auténticos sus ascendientes y su talento de abogado, sabiendo que la gente con quién tenía que habérselas, tomaría por fin el oropel por oro. Aún cuando descendiese de una familia de origen muy dudoso, se relacionaba con individuos de la más antigua nobleza, á quienes trataba con tal altivez, como si en su presencia, fuesen plebeyos. Y aún cuando no era rico, trataba á los ricos como si fueran unos pordiseros.

Esta táctica le servía admirablemente, y si bien algunas veces se extralimitaba, procurando empero siempre no caer en el ridículo logró rápidamente el crédito y la celebridad que era lo que más le interesaba.

Valiéndose de hábiles manejos, había logrado ganar importantes procesos. No era empero el lucro lo que de momento codiciaba; lo que le preocupaba era el porvenir, convencido de que el dinero ya vendría después por sí solo. No era pródigo, porque sostenía que esta era una característica distintiva de los *parvenus* que creen hacer carrera en el mundo con la prodigalidad. Si era preciso gastaba, pero con una generosidad razonada y calculadora. Poseía una gran dosis de audacia, un espíritu emprendedor, una prudencia extraordinaria y una fe inquebrantable en su estrella, que sucesos recientes habían reforzado. No se conocía la importancia de sus bienes, pero como gastaba mucho se le tenía por rico.

Lo que daba impulso á su actividad no era la manía del lucro, sino la vanidad. Quería hacerse rico, pero á lo que más aspiraba era á ser tenido

por un gran señor, á parecer un inglés. Hasta estaba pagado de su fealdad, porque creía que le daba un aire aristocrático. Y en efecto, sus labios abultados, su prolongada nariz y el tinte subido de su cara congestionada, eran realmente poco comunes. Un cierto aspecto de fuerza con mezcla de brutalidad y prepotencia, que él procuraba acrecentar llevando alta la cabeza, mientras se dejaba crecer sus largos bigotes contribuía á darle precisamente el aire exótico de un habitante del otro lado de la Mancha.

Al principio Polaniecki no lo podía soportar y lo dejaba comprender á las claras; pero con el tiempo se acostumbró á su presencia. Por otra parte, Masko le trataba con todo miramiento, porque, sabedor de que era un hombre de primera fuerza, no quería hacerse de él un enemigo.

Y en efecto ahora, después que hubo despedido á las señoras, entró en la sala, escusándose de haberse hecho esperar, y sin tomar aquel aire de buen señor que le era habitual.

—¡Oh las mujeres, las mujeres! Son el cuento de nunca acabar. Coloqué por cuenta de ellas un pequeño capital, cuyos intereses cobran con regularidad, y á lo menos una vez por semana acuden aquí por temor de una catástrofe.

—Y bien, ¿que me dices de mi asunto?—interrumpió Polaniecki.

—Ante todo tomemos el café,—respondió Masko, mientras encendía el hornillo colocado debajo de la maquinilla;—contigo no es cuestión de perder el tiempo en palabras inútiles. He estado en el registro de hipotecas y no creo que tu crédito sea fácil

UNIVERSIDAD DE COAHUILA DE TEXAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



de cobrar, pero no se puede considerar completamente perdido. La exacción de una suma semejante exigirá grandes gastos y por lo tanto no te lo puedo pagar por su valor nominal pero te ofrezco dos tercios de su valor, pagaderos en tres plazos en el decurso del año.

—Como estoy resuelto á deshacerme de este enredo, acepto tu proposición, por más que salga perdiendo. ¿Cuándo piensas pagar el primer plazo?

—Dentro de dos meses.

—Si por acaso estoy ausente todavía, encargará el cobro á Bigiel.

—Vais á Reinchenhall.

—Es muy probable.

—Temo que Bukacki le haya sugerido cierta idea.

—Cada cual tiene sus fines particulares, como tú por ejemplo. ¿Por qué pues, comprás mi crédito. Este negocio es demasiado mezquino para tí.

—Amigo mío no conviene despreciar los negocios, aún que sean de poca monta. Por otra parte, contigo puedo hablar con franqueza. Tú sabes que yo no puedo quejarme ni de mi posición, ni de mi crédito; pero estos aumentarán considerablemente, si puedo convertirme en propietario de una gran hacienda. En cierta ocasión Plavicki me dijo que de buena gana habría vendido Kerzemien, ahora ha llegado para mí el instante favorable de comprarle.

—Pues yo puedo asegurarte que no será tan fácil la cosa como te figuras. La señorita Plavicki no quiere saber nada de esa venta; está enamorada de su Kerzemien y luchará con todas sus fuerzas para que la finca siga perteneciéndole á ella y á su padre.

—En la peor de las hipótesis, no me tocará otra cosa que seguir tu ejemplo; si no logro hacerme dueño de Kerzemien, venderé nuevamente el crédito. Por más que como ahogado, ya sabré hallar el medio de hacerles pagar.

—También puedes hacer vender la hacienda en pública subasta, y luego comprarla tú mismo.

—Es verdad, pero esto no podría hacerlo si no fuese quien soy. Semejante procedimiento no es para un hombre como yo. Hay otro medio más noble, y del cual me quedará muy agradecida la señorita Plavicki.

Polaniecki, que estaba bebiendo el café, dejó súbitamente la taza encima de la mesa.

—¡Ah!—dijo,—comprendido..... Positivamente... Por este medio, no solamente se puede adquirir la finca sino al mismo tiempo el nombre.

Nuevamente se encolerizó contra sí mismo. Ganas le dieron de ponerse en pie y manifestar que desistía de traspasar su crédito; pero se contuvo al instante. Al propio tiempo Masko se retorció los bigotes, y tras una breve pausa repuso:

—¿Y si fuera así? Por de pronto te doy mi palabra de honor que no he pensado adoptar semejante plan; antes quiero madurarlo mucho. Pero supongamos que sea así. Tuve ocasión de conocer á la señorita Plavicki, cuando vino con su padre á pasar el invierno, y me produjo una impresión muy favorable. Pertenece á una de las mejores familias. La finca está cargada de deudas; pero es grande y todavía hay medios de salvarla. Pero quien sabe. Es una idea como otra cualquiera, Contigo seré franco como lo soy con casi todos. Tú fuiste á Kerzemien



con el pretexto de reclamar tu crédito pero yo sabía porque las señoras te habían invitado á que fueras. Cuando te ví volver tan predispuesto contra ellos, comprendí que no querías saber absolutamente nada de esto. Ahora no tengo intención alguna de presentarme como pretendiente á la mano de la señorita; mi pensamiento es completamente opuesto á esto, y bastaría una sola palabra tuya para que renunciara definitivamente este proyecto. Esto lo puedes tener por seguro. Dime pues francamente tu modo de pensar.

Polaniecki, que se acordaba perfectamente de todo cuanto habia resuelto dos días antes, respondió:

—No tengo intención alguna respecto á la señorita Plavicki. Me es completamente indiferente que te cases ó no te cases con ella. Lo único que hay, y dispensame la franqueza es que me sabe mal que tú quieras comprar mi crédito. Si actualmente no tienes intención alguna determinada, la puedes tener con el tiempo, y entonces tu proceder podría parecer extraño. Tendrá la apariencia de una imposición ó de una trampa pero esto es cosa tuya.

—Claro está que es cosa mía; á otro ya se lo habría dado á entender á las claras. De todos modos, puedes estar seguro de que, aún sin todo esto, habría comprado tu crédito; es un negocio que le puede convenir á cualquiera. Tal como están hoy las cosas, considera que puede aconsejarse la adquisición de Kerzemien. No puedo omitir medio alguno lícito que pueda conducirme al objeto que me he propuesto.

—Está bien: así sea. Extiende el contrato y en-

víamelo, ó mejor, si te parece bien, traemelo tú mismo.

—No es menester. Mi pasante lo ha extendido ya, solo falta tu firma.

Un cuarto de hora después todo estaba terminado. Durante el resto de aquel día, Polaniecki estuvo de un humor atroz. Cuando al anochecer, se dirigió la señora á casa Bigiel lo miraba apenada mientras el marido le pedía detalles sobre la operación realizada.

—Es indudable que Masko tiene alguna intención sobre la señorita Marina,—dijo Bigiel con su voz tranquila, sería cuestión de saber si, sosteniendo lo contrario, trataba de engañarte, ó si lo hacia de buena fe.

—Dios la libre de Masko,—exclamó la señora.—Todos sabemos que está enamorado de ella.

—Yo creía,—repuso Bigiel,—que un hombre como Masko debía atender con preferencia al dinero; pero me he equivocado. Parece, por el contrario que trata de elegir una muchacha que pertenezca á una familia antigua. De seguro que, por este medio, confía consolidar su posición, trabar nuevas relaciones y tener en sus manos toda la clientela de la alta sociedad. El pensamiento no es descabellado tanto más si se figura que, con el crédito de que goza, podrá mejorar la desesperada situación de Kerzemien, y hasta puede muy bien ser que con prudencia consiga librarla de sus cargos.

—De que esté enamorado de la señorita Mariana no puedo dudar, —observó Polaniecki,—ahora recuerdo haber oído algo respecto al señor Plavicki.



—¿Y cuales serán las consecuencias?—preguntó la señora.

—Si la señorita Marina quiere, llegará á ser la señora Masko,—respondió Polaniecki.

—¿Y Vd?

—Yo, mientras tanto, me voy á Reinchenhall.

VI

Una semana después, partió efectivamente para Reinchenhall. Antes de salir de Varsovia, había recibido una carta de la señora Emilia, en la cual esta le rogaba le diese noticias de su estancia en Kerzemien. Creyó inútil contestar, pensando satisfacer verbalmente este deseo. Además tenía noticia de que Masko había salido para Kerzemien. Esta noticia le preocupó más de lo que se había figurado pero esperaba que, una vez llegado á Viena lo olvidaría todo pero se engañaba. La sospecha de que tal vez Marina hubiese aceptado las proposiciones de Masko le atormentó de tal manera que desde Salzburgo se decidió á escribir á Bigiel. Con el pretexto de pedirle noticias de los negocios, pedíale incidentalmente noticias del viaje de Masko.

Tan ocupada tenía su mente con la imagen de Marina, que escasa atención prestaba á las disertaciones de Vascovski, su compañero de viaje, sobre las diversas nacionalidades del Austria y sobre la cuestión de los idiomas, y hasta á veces le acaecía no contestar siquiera á las preguntas que se le dirigían. Veía su faz noble y delicada, sus dulces ojos, su figura elegante, respirando una frescura virginal. Recordaba con singular lucidez de ima-

ginación las más insignificantes particularidades de su traje, sus piecitos, sus delicadas manos algo tostadas por el sol y sus negros cabellos. Jamás habría creído que una joven, á quien puede decirse que apenas había entrevisto, pudiese continuar tan viva en su mente.

Y luego, cuando pensaba que todo esto podía caer entre las manos de Masko, un estremecimiento de deseo y de rabia recorría todo su cuerpo. Entonces su primer movimiento era el de disputarle la joven, é impedir que eso se realizara; mas en seguida recordaba que no podía alegar derecho alguno, y que había declarado categóricamente que renunciaba á Marina.

Los dos compañeros de viaje llegaron á Reinchenhall una mañana temprano. Preguntaron en seguida por la habitación de la señora Evalovski pero, mientras que se encañinaban á ella, la encontraron en el parque junto con la pequeña Litka.

La señora Emilia, que no se esperaba volverle á ver tan pronto, se alegró muchísimo, pero no tardó en desvanecerse su alegría.

La pobre Litka, que era asmática y padecía del corazón, al volver á ver á su amigo sufrió tan grave ataque de asma y se sintió presa de una agitación tan violenta, que estuvo á punto de desmayarse. Mas el acceso pasó, como de costumbre, en seguida. La niña volvió á ponerse alegre y durante todo el regreso no soltó la mano de su Stach (1), y de cuando en cuando se la apretaba dulcemente; como si quisiera asegurarse de que lo tenía á su lado.

(1) Diminutivo de Estanislao.